

CRISIS ENERGÉTICA EUROPEA Y RECONFIGURACIÓN
DE LA RELACIÓN TRANSATLÁNTICA

*EUROPEAN ENERGY CRISIS AND THE RECONFIGURATION
OF THE TRANSATLANTIC RELATIONSHIP*

Federico Steinberg Wechsler

federico.steinberg@uam.es

Universidad Autónoma de Madrid

Ignacio Urbasos

iurbasos@rielcano.org

Real Instituto Elcano

Gonzalo Escribano

gescribano@cee.uned.es

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Recibido: julio 2024; aceptado: noviembre 2024

RESUMEN

La crisis energética europea ha transformado las relaciones transatlánticas al incrementar sustancialmente las importaciones europeas de gas y petróleo estadounidense y desarrollar la cooperación en materia de sanciones a Rusia. Estados Unidos se ha convertido en garante de la seguridad energética europea, sustituyendo a Rusia como suministrador de gas y petróleo y evitando el desabastecimiento de ambos mercados europeos. La cooperación en materia de sanciones se explica por la actitud constructiva de la Administración Biden, en contraste con el unilateralismo de su predecesor, permitiendo una respuesta transatlántica coordinada y progresiva. Pese a la existencia de fricciones en torno a la política industrial y climática desarrollada a ambos lados del Atlántico, el nuevo papel de suministrador clave de gas y petróleo adquirido por Estados Unidos y la cooperación sobre sanciones han permitido reducir las tensiones surgidas inicialmente en torno al Inflation Reduction Act (IRA), y en menor medida, el Carbon Border Adjustment Mechanism (CBAM). El artículo analiza en qué medida el nuevo patrón de interdependencia energética transatlántico y la cooperación en las sanciones a Rusia reconfiguran la relación transatlántica y si refuerzan la autonomía estratégica europea. Se concluye que la refuerzan, pero que intensifican la tradicional asimetría de la relación y aumentan la exposición de la UE a una política exterior estadounidense menos proclive a la cooperación y/o más sesgada hacia un modelo energético introvertido.

Palabras clave: Estados Unidos, Unión Europea, relaciones transatlánticas energía, geopolítica, economía internacional.

ABSTRACT

The European energy crisis has transformed the transatlantic relationship by substantially increasing European imports of US oil and gas and developing cooperation on sanctions against Russia. The US has become a key contributor to European energy security, replacing Russia as a supplier of oil and gas and preventing shortages in the European market. Cooperation on sanctions is explained by the constructive attitude of the Biden administration, in contrast to the unilateralism of its predecessor, allowing for a coordinated and gradual transatlantic response. Despite frictions over industrial and climate policy on both sides of the Atlantic, the new role of the US as a key oil and gas supplier and cooperation on sanctions has reduced tensions that initially arose over the Inflation Reduction Act (IRA) and, to a lesser extent, the Carbon Border Adjustment Mechanism (CBAM). This article analyzes the extent to which the new pattern of transatlantic energy interdependence and cooperation on sanctions against Russia reshapes the transatlantic relationship and whether it reinforces European strategic autonomy or prolongs a pattern of asymmetric interdependence. The conclusion is that it reinforces it but maintains the traditional asymmetry of the relationship and increases the EU's exposure to a US administration that is less inclined to cooperate and/or more prone to an inward-looking energy model.

Keywords: United States, European Union, transatlantic relations, energy, geopolitics, international economics.

JEL Classification/ Clasificación JEL: F13, F50, F51, Q48.

1. INTRODUCCIÓN

La crisis energética europea se inició antes de la invasión rusa de Ucrania de febrero de 2022, cuando Rusia redujo paulatinamente los suministros de gas a la Unión Europea (UE), recurriendo a la energía como arma política ante una guerra inminente. La situación se agravó en marzo de 2022, cuando Gazprom interrumpió el suministro a varios clientes europeos, después de que Rusia exigiera el pago del gas natural en rublos como respuesta a las restricciones europeas sobre el sistema bancario ruso (Urbasos, 2023). Unos meses después, el sabotaje de los gasoductos Nord Stream, agravó la profundidad de la crisis e intensificó la percepción de vulnerabilidad de las infraestructuras críticas.

Los precios del gas en el TTF neerlandés, la referencia europea, alcanzaron máximos históricos de 319,98 €/MWh en agosto de 2022, unas 15 veces los niveles de antes de la guerra, generando incrementos similares en los precios de la electricidad de los mercados mayoristas nacionales (Comisión Europea, 2023a). Estos incrementos pusieron a la UE al borde de la recesión, y economías centrales como Alemania no pudieron evitarla. La crisis dio lugar a medidas de política energética excepcionales por parte de los Estados Miembros y la UE, cristalizadas en el plan de choque REPowerEU. Estas medidas incluyeron el impulso a la diversificación de las fuentes de suministro de petróleo y gas, la aceleración del desarrollo de energías renovables autóctonas y la mejora de las interconexiones dentro de la UE. Los Estados Miembros apoyaron a ciudadanos e industrias, además de promover un notable esfuerzo de ahorro energético por parte de los hogares.

En la dimensión internacional, la crisis energética obligó a la UE a una profunda reflexión sobre los riesgos para su autonomía estratégica del patrón de interdependencia que entraña el régimen energético basado en los combustibles fósiles, que vinieron a sumarse a las preocupaciones por su dependencia de Estados Unidos en materia de seguridad y defensa.

Estados Unidos ha tenido un papel primordial en la desvinculación energética europea de Rusia, así como en liderar y coordinar el apoyo occidental militar y económico a Ucrania. La cooperación transatlántica se ha intensificado en todos los ámbitos, y en el energético – sobre todo a través del gas natural licuado (GNL) – lo ha hecho tras años de tensiones y de reproches de Estados Unidos a Europa por su dependencia energética de Rusia. La invasión rusa de Ucrania supuso un punto de no retorno en las relaciones europeas con Rusia.

La idea abanderada por Alemania desde la caída de la Unión Soviética de que la interdependencia económica y energética entre la UE y Rusia terminaría por aproximar a ésta a los postulados de la democracia liberal ha quedado relegada a un sueño imposible o más bien a un monumental error de cálculo. El símbolo de este cambio de paradigma y del abandono del enfoque de “transformación a través del comercio” o *Wandel durch Annäherung* (Meister, 2014) es la interrupción del suministro de gas natural entre Rusia y varios de sus antiguos principales clientes en la Unión Europea, como Alemania.

El protagonismo de Estados Unidos en el desacoplamiento energético de Rusia y en el apoyo militar a Ucrania ha generado dudas sobre la efectividad de los esfuerzos de la UE para fortalecer su autonomía estratégica. Este concepto, utilizado por el Consejo de la UE desde hace más de una década, es entendido como la capacidad de actuar de manera independiente cuando sea necesario y en colaboración con socios siempre que sea posible (Borrell, 2019). El mencionado apoyo energético estadounidense a la UE se enmarca en un contexto de creciente asimetría en la relación transatlántica en favor de Estados Unidos, precisamente en un momento en que la UE había decidido reforzar su autonomía estratégica y seguridad económica, buscando reducir dependencias, incluidas aquellas con Washington (Steinberg, 2024; Steinberg y Wolff, 2023). De acuerdo con Womack (2016) la asimetría en las relaciones interestatales se produce cuando, como resultado de una confluencia de factores de poder, uno de los socios goza de mayor libertad de acción que el otro, obteniendo así una posición dominante. En estas situaciones, la potencia más fuerte es capaz de influir sobre la más débil, sin necesariamente traducirse en un control o dominio total sobre sus políticas (*ibid.*).

Al abordar las interacciones estratégicas entre Estados Unidos y Europa, resulta vital tener en cuenta la naturaleza distintiva de esta relación, única en el mundo por el carácter de alianza política, militar, económica, de valores y ahora también energética (Dekeyrel, 2023). De hecho, existe una suerte de contrato implícito entre ambas partes construido en torno a la hegemonía estadounidense, los intereses compartidos, el diálogo continuado y las reglas y normas acordadas (Ikenberry, 2008). Sus fundamentos sistémicos son la democracia liberal y el capitalismo, y se mantiene unida por una densa red de mecanismos de cooperación y acuerdos formales, en cuyo centro se encuentra la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Esa cooperación es asimétrica, y se basa en la idea de que Estados Unidos proporciona a sus socios europeos protección en materia de seguridad y acceso a los mercados, tecnología y suministros estadounidenses en el contexto de una economía global abierta. A cambio, los países europeos aceptan ser socios fiables que proporcionan apoyo diplomático, económico y logístico a Estados Unidos en su liderazgo del orden internacional. Según Ikenberry (2008), este “Orden Político Atlántico” ha tenido momentos de crisis y ha ido evolucionando, pero se ha mantenido sólido. La cooperación energética transatlántica tras la invasión rusa de Ucrania debe enmarcarse en este contexto más amplio.

Por una parte, el dinamismo económico y tecnológico de Estados Unidos ha generado una creciente brecha de prosperidad e innovación a ambos lados del Atlántico.¹ El crecimiento de la productividad es notablemente mayor en Estados Unidos (Schnabel, 2024) y, además, Washington ha sido capaz de reaccionar más rápida y eficazmente a las crisis de los últimos años (en especial, a la financiera de 2008) que la UE. Esta mayor capacidad económica estadounidense viene a sumarse a la histórica dependencia europea del paraguas de seguridad norteamericano (y de la OTAN), que se ha vuelto a poner de manifiesto con la invasión rusa de Ucrania.

Este artículo analiza el impacto en las relaciones energéticas transatlánticas de la invasión rusa de Ucrania en 2022 para determinar en qué medida el nuevo patrón de interdependencia energética transatlántico y la cooperación en las sanciones a Rusia han reconfigurado la relación transatlántica. En particular, se explora si esta reciente transformación contribuye a la autonomía estratégica europea pese a perpetuar un patrón de interdependencia asimétrica que, ahora, se extiende al ámbito de la seguridad energética. Para ello, presenta primero la situación previa a la crisis energética, marcada por las tensiones derivadas de la histórica relación de (inter)dependencia entre la UE y Rusia y el impacto geopolítico del rápido desarrollo del petróleo y gas de esquisto en Estados Unidos. A continuación, se analizan tres elementos de la respuesta transatlántica a la crisis energética europea: la contribución estadounidense a la seguridad de suministro energético de la UE, la cooperación en las sanciones a Rusia y las pulsiones entre el diálogo y el conflicto en aquellas políticas industriales y comerciales con implicaciones energéticas. Posteriormente se presentan las transformaciones estructurales de esta crisis; principalmente, la confirmación de Estados Unidos como nuevo garante de la seguridad energética de la UE y el nuevo papel de la seguridad económica frente al paradigma del multilateralismo y la interdependencia en el que tan cómoda se encontraba la UE (Steinberg y Wolff, 2023).

El análisis lleva a concluir que esa nueva relación transatlántica contribuye al aumento de la autonomía estratégica y energética de la UE al permitir una mayor diversificación de sus fuentes de abastecimiento energético y contar con Estados Unidos, un socio más alineado geopolíticamente que Rusia, que no más barato, como principal suministrador de gas. Sin embargo, esta nueva realidad mantiene y refuerza la tradicional asimetría de la relación

1 Como destacan Shapiro y Pulierin: “En la medida más cruda del PIB, Estados Unidos ha superado espectacularmente a la UE y al Reino Unido juntos en los últimos 15 años. En 2008, la economía de la UE era algo mayor que la estadounidense: 16,2 billones de dólares frente a 14,7 billones. En 2022, la economía estadounidense había crecido hasta los 25 billones de dólares, mientras que la UE y el Reino Unido juntos sólo habían alcanzado los 19,8 billones. La economía estadounidense es ahora casi un tercio más grande. Es más de un 50% mayor que la UE sin el Reino Unido” (Shapiro y Pulierin 2023, 5). Asimismo, como documenta Rachman (2023), las siete mayores empresas tecnológicas por capitalización bursátil son todas estadounidenses, y sólo hay dos empresas europeas entre las veinte primeras. Del mismo modo, los países europeos están rezagados en la fabricación de semiconductores y otras tecnologías punteras cruciales para el crecimiento de la productividad.

transatlántica (en favor de Estados Unidos) y aumenta la exposición de la UE a una administración estadounidense menos proclive a la cooperación y/o más sesgada hacia un modelo energético introvertido.

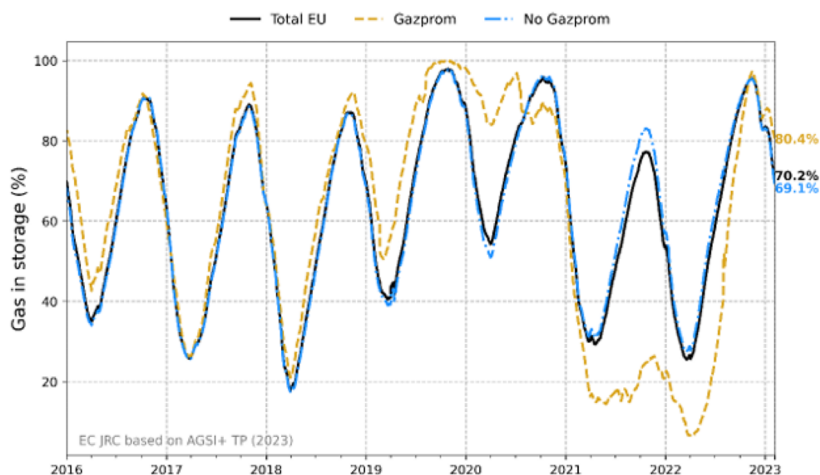
2. LA RELACIÓN ENERGÉTICA TRANSATLÁNTICA ANTES DE LA INVASIÓN DE UCRAINA

El paisaje energético previo a la agresión rusa a Ucrania en febrero de 2022 y la crisis energética europea que la siguió estuvo marcado por dos vectores clave, uno a cada lado del Atlántico: las tensiones ocasionadas por la estrecha relación energética entre la UE y Rusia, y los efectos geopolíticos del rápido desarrollo del petróleo y gas no convencional en Estados Unidos.

Respecto a las primeras, los intercambios energéticos entre la UE y Rusia llevaban décadas provocando tensiones en las relaciones transatlánticas. En la década de 1980, la Administración Reagan trató de impedir por medio de sanciones la construcción de una red de gasoductos destinada a abastecer por primera vez el mercado de Europa occidental, la continuación energética de la Ostpolitik de Willy Brandt (Forsberg, 2016). Alemania, junto a otros países europeos, creían en la existencia de una sólida interdependencia basada en la complementariedad de la necesidad europea de acceder a recursos energéticos y la ausencia de un mercado alternativo para el gas ruso, minimizando los riesgos (geo)políticos y sociales que la literatura asociaba con Rusia (García-Verdugo et al., 2015). El gasoducto Nord Stream 1, presentado al mundo en 2005 y finalizado en 2012, fue el máximo exponente de esta visión (Vihma y Wigell, 2016). Lo que para Alemania era una relación estrictamente comercial: Nord Stream redundaba en menores precios del gas y riesgo geopolítico asociado al tránsito por Ucrania, era percibido en Kiev, Varsovia y Washington con recelo, especialmente después de las sucesivas crisis del gas de 2006 y 2009 (Escribano, 2012; Vatansever, 2017). La principal crítica al Nord Stream era que no proporcionaba más gas natural a Europa, sino que simplemente redirigía los flujos que transitaban por Ucrania directamente a Alemania (Eser *et al.*, 2019). Durante estos años y en el contexto de la liberalización del sector energético, Gazprom se convirtió en un actor emergente del sector gasista europeo con presencia en la fase de comercialización y una importante participación en la red de almacenes subterráneos europeos gracias a asset swaps con empresas europeas (BASF, OMV, Uniper) que a su vez lograron acceso al sector energético ruso. El vaciado sistemático de los almacenes de gas controlados por Gazprom (Figura 1) fue posteriormente un elemento indispensable para disparar los precios del gas natural en los meses previos a la invasión de Ucrania (Milov, 2022).

La crisis de Ucrania de 2014 supuso un punto de inflexión (Siddi, 2016). Estados Unidos encabezó el grupo de países críticos con la relación energética UE-Rusia y se opuso frontalmente en 2015 al anuncio de construir Nord Stream 2. Si Nord Stream 1 ya había hecho de Alemania un importante re-exportador de gas ruso a su vecindario, un segundo gasoducto eliminaba la necesidad de tránsito por Ucrania sin, de nuevo, traer volúmenes adicionales

FIGURA 1. EVOLUCIÓN DE LOS VOLUMENES DE GAS EN LOS ALMACENAMIENTOS PROPIEDAD DE U OPERADOS POR GAZPROM



Fuente: Comisión Europea (2023b).

al mercado europeo (Wood, 2023), socavando la unidad del espacio geoenergético de la UE (Mañé-Estrada, 2006). La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca en 2017 aumentó la presión sobre Alemania para paralizar la construcción del Nord Stream 2. En aquel momento, el desarrollo del shale gas convierte a Estados Unidos en un importante exportador de GNL y los metaneros comenzaron a llegar a los puertos europeos. Trump impulsó una ambiciosa agenda de “América primero” destinada a transformar Estados Unidos en una superpotencia energética mundial e incrementar su influencia geopolítica sobre los importadores de hidrocarburos (Guliyev, 2020). La gran excepción fue Alemania que, pese a ser el principal importador de gas natural en Europa, optó por no construir ninguna planta regasificadora aduciendo criterios comerciales (de Jong, 2023).

El momento álgido de la tensión transatlántica llegó durante un discurso en la Asamblea General de las Naciones Unidas en 2018, en el que el presidente Donald Trump aleccionó a Alemania sobre los peligros de depender excesivamente del gas y petróleo rusos (Bocse, 2018). Este discurso, percibido negativamente en muchas cancillerías europeas como una maniobra para vender el GNL estadounidense, terminaría por ser profético. Un año después, en diciembre de 2019, la Administración Trump firmó la Ley de Autorización de Defensa Nacional, que impuso sanciones a cualquier empresa que asistiera a Gazprom en la finalización del gasoducto, paralizando su desarrollo. Pese a los retrasos en la construcción del Nord Stream 2, el gas ruso continuó ganando cuota de mercado en la UE y pasó en menos de una década de representar

el 35% de las importaciones en 2010 a un 45% en 2019 (Comisión Europea, 2022).

La oposición al gasoducto continuó con la llegada de la Administración Biden y, en marzo de 2021, el Secretario de Estado Antony Blinken describió el gasoducto como “un proyecto geopolítico ruso destinado a dividir Europa y debilitar la seguridad energética europea” (Wintour, 2021). Precisamente, el Nord Stream 2 fue uno de los temas más destacados de la última visita de la canciller Merkel a Washington en julio de 2021. En esa visita, Biden decidió no imponer sanciones a las empresas alemanas involucradas en el proyecto, declarando que “los buenos amigos pueden discrepar.” El gesto, considerado como un acto de buena fe destinado a revitalizar las deterioradas relaciones transatlánticas, facilitó la continuación de la construcción del gasoducto, que, para septiembre de 2021, ya estaba terminado. Sin embargo, Nord Stream II nunca entraría en servicio por la oposición de varios reguladores europeos y de la propia Comisión, además de las sanciones impuestas por Estados Unidos. La invasión de Ucrania impidió su puesta en funcionamiento, y siete meses después era sabotado e inutilizado dando lugar a múltiples especulaciones acerca de los responsables últimos (de Jong, 2024).

Respecto a las implicaciones geopolíticas de la denominada revolución del *fracking* o fractura hidráulica, ésta había convertido en 2019 a Estados Unidos en el mayor productor mundial de petróleo y gas (Dreyer y Stang, 2022). En menos de una década, pasó de ser un importador preocupado por su seguridad de suministro a un exportador que competía por aumentar su cuota de mercado en el mundo (Guliyev, 2020). La velocidad del desarrollo de las cuencas petroleras asociadas al *fracking* superó en muchas ocasiones las previsiones más optimistas, resistiendo a los intentos de la OPEP por frenar su avance con una guerra de precios en 2014 (Ansari, 2017) o la pandemia del Covid-19 en 2020. Este crecimiento, casi imparable, contrasta con la producción de hidrocarburos en la UE, que se redujo entre 2012 y 2022 en un tercio para el petróleo crudo y más de la mitad para el gas natural², ante el agotamiento natural de los yacimientos tradicionales, la salida del Reino Unido tras el Brexit y, entre otros factores, una geología y un contexto socioeconómico poco propicio para replicar la experiencia estadounidense con el *fracking* (Bomberg, 2017).

Los hidrocarburos estadounidenses pronto inundaron el mercado internacional, dirigiéndose inicialmente hacia Asia y América Latina. Se ha estimado que el aumento de la producción de petróleo de esquisto reduce los precios del petróleo entre un 24% a corto plazo y un 48% a largo plazo, reduciendo la volatilidad entre un 8% y un 23% en los horizontes temporales respectivos (Balke et al., 2024). Los efectos geoeconómicos también han sido

2 Según el Energy Institute (2023) la producción de crudo en la UE pasó de 736.000 barriles diarios en 2012 a 499.000 en 2022, en el caso del gas natural, de 134.000 metros cúbicos anuales (bcm) en 2012 a 59.100 metros cúbicos en 2022.

importantes, al reducir el poder de mercado de la OPEP en los mercados del petróleo y aumentar la resiliencia de los países consumidores (Kim, 2020).

En el mercado europeo del gas, el GNL de Estados Unidos se presentó como una alternativa a los tradicionales suministradores por gasoducto y como una palanca de diversificación energética de Rusia para los Países bálticos, Polonia o Croacia; o de Argelia para España. Más allá de elementos geopolíticos o de seguridad energética, el desarrollo del GNL en Estados Unidos produjo un efecto transformador en el mercado del gas, haciéndolo más flexible y eficiente. Los contratos de GNL firmados con las terminales estadounidenses introdujeron una novedad al eliminar las cláusulas de destino, otorgando la posibilidad de decidir el puerto de entrega del gas natural por parte del comprador. Estos nuevos contratos facilitaron la aparición de los denominados *portfolio players* o agregadores de demanda, empresas energéticas en su mayoría europeas que adquieren suministros de GNL de diversos orígenes y sirven de intermediarios. Durante la crisis energética, serían estos contratos los que permitirían una rápida basculación hacia la UE de las exportaciones de gas estadounidenses inicialmente contratadas para el mercado asiático (Tagliapietra, 2023).

3. LA RESPUESTA TRANSATLÁNTICA A LA CRISIS ENERGÉTICA EUROPEA

La crisis energética ocasionada por la invasión rusa de Ucrania ha tenido un fuerte impacto sobre la economía global. Yagi y Managi (2023) estiman que la fuerte subida de los precios del petróleo en los cinco meses que siguieron a la invasión rusa de Ucrania supuso una merma del 2,85% del PIB global anual, unos 2,7 billones de dólares. El impacto fue especialmente severo para la economía europea. Colgan *et al.* (2023) estiman que Europa incurrió en entre 517.000 y 831.000 millones de euros en costes de mercado adicionales debido al aumento de los precios entre octubre de 2021 y diciembre de 2022, a lo que deben añadirse casi un billón más de gasto fiscal en infraestructura y políticas energéticas. El impacto sobre los mercados de gas natural europeo fue sustancialmente más fuerte que el padecido por Estados Unidos o los mercados asiáticos (Aizenman *et al.*, 2024). Otros análisis matizan el impacto económico de la crisis limitándola al corto plazo y destacando, en mayor medida, los efectos a largo plazo de la transformación energética y el despliegue de renovables (Hartvig *et al.*, 2024). Alemania fue uno de los países más afectados: la producción mensual disminuyó un 4,1% tras el inicio de la guerra en Ucrania, pero las empresas alemanas salvaguardaron el empleo recurriendo a la jornada reducida, cuyas notificaciones aumentaron un 24,1% (Hutter y Weber, 2023).

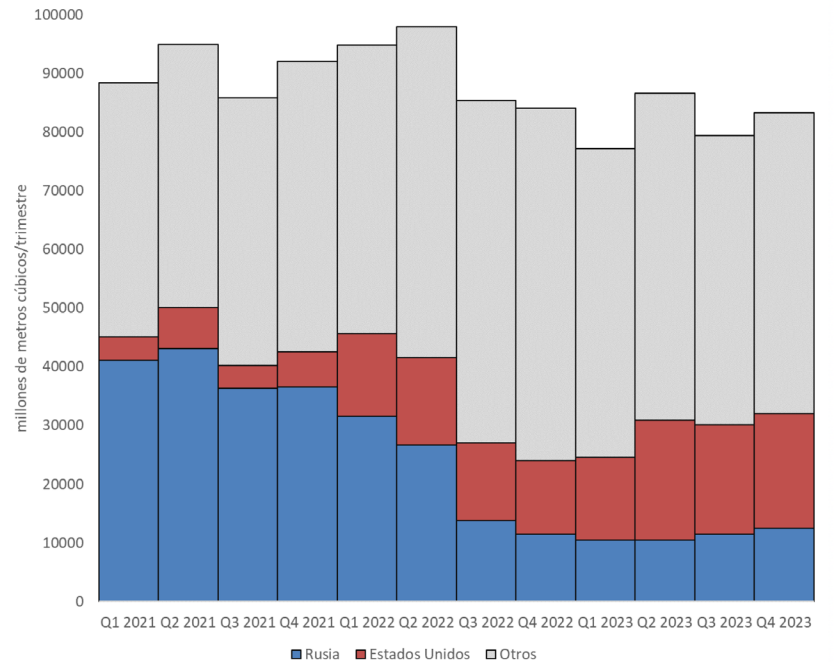
En este contexto, la invasión rusa de Ucrania renovó la cooperación transatlántica, especialmente en materia de seguridad de suministro energético y sanciones a Rusia. La cooperación transatlántica en materia de sanciones fue especialmente relevante gracias a una actitud constructiva de la Administración Biden, en claro contraste con el unilateralismo de su predecesor, permitiendo

una respuesta coordinada y progresiva. Finalmente, pese a la aprobación de medidas de política industrial y comercial estadounidenses contrarias a las normas multilaterales de comercio, el diálogo ha permitido desescalar las tensiones surgidas en torno al *Inflation Reduction Act (IRA)* estadounidense y el *Carbon Border Adjustment Mechanism (CBAM)* europeo. A continuación, se analizan estos tres asuntos.

El rápido aumento de la producción no convencional en Estados Unidos y la crisis energética en Europa han hecho que la tradicional dependencia de la UE en materia de seguridad se haya extendido a la seguridad de suministro de combustibles fósiles. Aunque la UE ha buscado diversificar fuentes alternativas a Rusia, ha sido Estados Unidos quien ha realizado una aportación más relevante: las importaciones de gas natural han pasado de representar en 2021 el 4.6% a un 23.4% en 2023 (Figura 2), en el caso del petróleo, de un 8.1% a un 18.7% respectivamente (Eurostat, 2023).

Aunque el incremento de las exportaciones estadounidense se explica principalmente por razones comerciales, contó con apoyo político y diplomático

FIGURA 2. IMPORTACIONES TRIMESTRALES DE GAS NATURAL DE RUSIA, ESTADOS UNIDOS Y OTROS SUMINISTRADORES EN LA UNIÓN EUROPEA (Q1 2021 - Q4 2023, MILLONES DE METROS CÚBICOS/TRIMESTRE)



Fuente: Elaboración propia a partir de Zachmann *et al.*, 2024.



a partir del establecimiento de la *EU-US Task Force on Energy Security* para coordinar el desvío de cargamentos de GNL destinados contractualmente a Asia hacia la UE. Dado que se trata de acuerdos entre actores privados y normalmente en condiciones de confidencialidad, es complicado establecer la influencia real de esta plataforma en el incremento de las llegadas de GNL estadounidense a la UE (gráfico 2).

A pesar de la evidente contribución de Estados Unidos a la seguridad energética europea, los altos precios del gas natural en 2022 generaron recelos en algunas cancillerías europeas por el supuesto lucro que la crisis había generado en exportadores y aliados como Estados Unidos y Noruega, así como por el temor a generar nuevas dependencias. Aunque hubo críticas, incluida la del presidente Emmanuel Macron (Nussbaum, 2022), la realidad es que los principales beneficiarios de los altos precios del GNL en Europa fueron los intermediarios que aprovecharon su capacidad de arbitraje entre mercados para obtener grandes márgenes comerciales (Sharples, 2023). Los compradores estadounidenses de GNL son por lo general grandes empresas energéticas internacionales y *traders* de Asia y Europa³, que compran GNL a precios basados en la referencia Henry Hub más una tarifa de licuefacción. Estos compradores asumen el riesgo y los beneficios de las fluctuaciones mundiales de los precios internacionales del gas natural, beneficiándose cuando los precios en Europa o Asia son altos y absorbiendo las pérdidas cuando son bajos.

Respecto a las sanciones en respuesta a la invasión rusa de Ucrania, tanto la UE como Estados Unidos han impuesto sanciones al sector energético ruso de forma coordinada, especialmente a través del G7. Estados Unidos, que presentaba una dependencia mucho menor de los hidrocarburos rusos⁴, prohibió la importación de carbón, gas natural y petróleo desde Rusia a las pocas semanas del comienzo de la invasión. Para la UE, el proceso de restringir las importaciones rusas ha sido más complejo, al requerir unanimidad en un Consejo de la UE compuesto por 27 Estados Miembros con diversos intereses políticos y comerciales (Batzella, 2024; Mišić y Nosko, 2023). Hasta la fecha, la UE ha implementado sanciones sobre las importaciones de carbón, de petróleo crudo por vía marítima y productos petrolíferos. La ausencia de sanciones a la compra de gas natural en la UE es destacable y responde tanto a motivos económicos, por el temor a un nuevo incremento de precios; como políticos, por la oposición frontal de algunos Estados Miembros como Hungría (Batzella, 2024). La Administración Biden se ha mostrado flexible

3 De acuerdo al informe anual de 2023 del *International Group of LNG Importers* (GIIGNL, 2023), las empresas europeas con los principales contratos de suministro a largo plazo en 2022 con origen Estados Unidos eran TotalEnergies, Engie, BP, Shell, Naturgy, Edison, Repsol, EDF, Orlen y Endesa; las asiáticas GAIL, CNPC, Pertamina, Sumimoto, Mitsubishi, Mitsui, Tokyo Gas, Kogas, SK, Jera y Osaka Gas.

4 Para el caso del petróleo, de acuerdo a la Energy Information Administration (EIA) en 2021 el petróleo ruso representó el 3% de las importaciones de EEUU, en cuarto lugar, por detrás de Canadá, México, Saudi Arabia.

y comprensiva con la situación europea, aceptando los tiempos marcados desde Bruselas para el desacoplamiento energético de Rusia y la necesidad de estabilizar los mercados energéticos. En particular, no imponer sanciones integrales sobre Gazprom o Novatek similares a las impuestas a la venezolana PDVSA en 2019, ha sido clave para que la UE continúe importando gas natural ruso mientras prepara su desconexión definitiva.

La política de precios máximos del G7 sobre el petróleo ruso, aplicado desde diciembre de 2022, ha sido, junto con la congelación de activos rusos en occidente, el caso más destacado de cooperación transatlántica en materia de restricciones geoeconómicas. Con el objetivo de reducir los ingresos de Rusia para sus esfuerzos bélicos, pero manteniendo al mismo tiempo la estabilidad en los mercados (lo que requiere que el petróleo ruso siga fluyendo), prohíbe a las compañías occidentales de transporte marítimo, de seguros y de reaseguros el manejo de cargamentos de crudo ruso en todo el mundo, a menos que se venda por un precio máximo de 60 dólares por barril (Johnson *et al.*, 2023). Aunque inicialmente tuvo un impacto sustancial, estimado en un descenso en los ingresos fiscales rusos de más de 32.000 millones de euros durante 2023, el equivalente al 14% de los ingresos fiscales por las exportaciones de petróleo, posteriormente ha ido perdiendo efectividad (Myllyvirta *et al.*, 2023). Moscú ha conseguido evadir progresivamente el impacto de esta medida vendiendo su crudo a clientes asiáticos y desplegando una enorme flota de petroleros controlados por empresas pantalla de dudosa transparencia (*Ibid.*). El G7 ha respondido imponiendo sucesivas sanciones sobre esta flota, dificultando el comercio de petróleo ruso por encima del precio establecido, aunque sin lograr erradicarlo. Rusia, por tanto, ha podido seguir obteniendo flujos financieros (recordemos que sus stocks de reservas en Occidente fueron congelados en 2022), que le han permitido mantener el esfuerzo bélico.

Esta intensa cooperación transatlántica en materia energética y militar – que incluye incluso la ampliación de la OTAN y que da lugar a un “momento dulce” de la relación entre Estados Unidos y la UE tras los convulsos años de la Administración Trump, no significa que no se estén produciendo tensiones en materia económica y comercial. En las últimas décadas ha habido numerosas fricciones comerciales entre ambas orillas del Atlántico. Éstas escalaron cuando Trump comenzó a tratar a la UE como un rival económico y no como un aliado geopolítico, abandonó las negociaciones del acuerdo transatlántico de comercio e inversiones (TTIP) y estableció aranceles sobre el acero y el aluminio de la UE. Desde la llegada al poder de Biden en 2021, la relación comercial transatlántica tampoco ha estado exenta de desencuentros. Aunque se retiraron los aranceles y se estableció el Trade and Technology Council, un foro informal de diálogo en materia de comercio y tecnología entre Estados Unidos y la UE, la deriva aislacionista y proteccionista norteamericana ha continuado (Steinberg, 2023).

De hecho, la aprobación del IRA por parte de Estados Unidos en agosto de 2022 ha generado importantes roces. El IRA es un ambicioso paquete de política industrial y climática dotado con un mínimo de 400.000 millones

de dólares en subsidios (susceptible de ser ampliado) e incompatible con la normativa de la Organización Mundial del Comercio (OMC) al incorporar cláusulas de “Buy American” que discriminan a los productores europeos. Aunque la UE dio la bienvenida a las medidas estadounidenses para luchar contra el cambio climático, y aunque la dotación del IRA fuera similar a la prevista en el Green Deal Europeo (Kleimann *et al.*, 2023), Bruselas expresó sus protestas tanto por el ataque al sistema multilateral de comercio basado en reglas que suponen el plan estadounidense como por el riesgo que podría suponer para la industria europea, sobre todo en el sector del automóvil. Sin embargo, dada la dependencia europea de Estados Unidos en materia de seguridad y defensa en el contexto de la guerra en Ucrania, la UE no tuvo más remedio que aceptar las medidas unilaterales (sin tan siquiera denunciarlas ante la OMC) y plantear cómo mejorar la competitividad de su economía, especialmente bajando los costes energéticos, que siguen siendo notablemente superiores a los de Estados Unidos.

Otra medida climática-comercial que ha creado fricciones ha sido la aprobación del CBAM por parte de la UE en 2023. Se trata de un “arancel verde” que la UE establecerá progresivamente a partir de 2026 sobre las importaciones de aluminio, hierro y acero, cemento, fertilizantes, electricidad e hidrógeno (Steinberg *et al.*, 2023). Su objetivo es evitar que productos con elevadas emisiones de gases de efecto invernadero entren en el mercado europeo y compitan deslealmente con aquellos producidos en los Estados Miembros y sometidos al sistema de Comercio de Emisiones de la UE. Aunque su impacto sobre los productos estadounidenses será bajo, por el escaso comercio bilateral de los productos afectados y la intensidad de carbono de la economía de Estados Unidos, erróneamente en Washington se ha interpretado el CBAM como una respuesta al IRA (*ibid.*). Esta interpretación es errónea, ya que la UE había anunciado su intención de establecer algún tipo de arancel de carbono mucho antes de que si quiera se iniciaran las negociaciones del IRA. En cualquier caso, representa un choque entre las formas de atajar el cambio climático a ambos lados del Atlántico: los subsidios a la producción en Estados Unidos y los impuestos para modificar incentivos en la UE. Aunque lo ideal sería que ambos bloques fijaran un precio unificado a las emisiones de carbono (que pudiera después “exportarse” al resto del mundo o ser la base de un acuerdo multilateral en la OMC) y coordinaran sus subvenciones para acelerar la transición energética, parece poco probable que se produzca una convergencia entre ambos enfoques.

4. TRANSFORMACIONES ESTRUCTURALES EN LA RELACIÓN TRANSATLÁNTICA

Como se ha señalado, la invasión rusa de Ucrania y la crisis energética han reconfigurado profundamente los flujos energéticos del petróleo y gas, transformando la estructura de suministradores de la UE (LaBelle, 2024). Hasta 2021, Rusia era el proveedor dominante de gas natural y petróleo, con mercados cautivos en Europa Central y del Este por la ausencia de

infraestructura que les diera acceso a suministradores alternativos. Desde el otoño de 2021, la utilización del suministro energético como una herramienta geopolítica por parte del Kremlin, y posteriormente las sanciones europeas, han reducido sustancialmente esta relación comercial. De acuerdo con los objetivos de REPowerEU, se espera que para 2027 la UE elimine por completo las importaciones de hidrocarburos de Rusia y para ello, se está construyendo la infraestructura energética necesaria: despliegue masivo de renovables, nuevas terminales de GNL, oleoductos, gasoductos y conexiones eléctricas. Adicionalmente y como un efecto estructural, la transformación del mercado de Europa central y del este en un mercado mixto de GNL y gasoductos ha reforzado la seguridad energética de la UE. Las nuevas terminales regasificadoras ofrecen una mayor flexibilidad en suministradores y volúmenes contratados que la de los gasoductos, si bien es cierto, exponiendo a los consumidores europeos a la competición internacional por el suministro del gas natural licuado. En este nuevo mercado, Estados Unidos se ha posicionado como uno de los principales suministradores de gas y petróleo del nuevo mapa energético emergente gracias a la firma de nuevos acuerdos a largo plazo, ahora revalorizados por la seguridad de suministro que ofrece como aliado estratégico y fiable.

Por otra parte, la UE también logró influir en la política petrolera de Estados Unidos. La Administración Biden es consciente de que la sostenibilidad era el talón de Aquiles de la revolución del petróleo y gas de esquisto que ha vivido Estados Unidos en las últimas dos décadas. Para ello desarrolló una intensa agenda política a nivel nacional e internacional para tratar de reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero, en particular de metano, y mejorar la imagen internacional del sector. En un momento en el que el futuro del gas fósil como vector de la transición energética está en duda, grandes productores como Noruega o Qatar están reduciendo la intensidad de carbono de sus operaciones para competir en los mercados más exigentes como el de la UE. Por ello, la Administración Biden anunció en enero de 2024 una suspensión temporal para nuevas concesiones para la exportación de GNL. El objetivo de esta polémica moratoria es actualizar los criterios administrativos para los nuevos proyectos, endureciendo los requisitos medioambientales y de seguridad energética nacional, en un claro intento de homologar el sector con los estándares climáticos europeos. También fue una herramienta para ganar apoyo electoral entre los votantes más preocupados por el cambio climático, sobre todo los jóvenes.

La otra transformación estructural en la relación transatlántica, que también afecta al conjunto de la economía mundial, es el retorno del proteccionismo, la política industrial y el mayor papel del estado en la economía (Steinberg, 2023). Tanto la preocupación por la seguridad económica y la lucha contra el cambio climático como el aumento de la rivalidad entre grandes potencias en un marco de declive del multilateralismo y la cooperación internacional han dado como resultado una nueva doctrina de política económica en Estados

Unidos (Sullivan, 2023) que la UE, a regañadientes, se está viendo obligada a seguir.

No se trata solamente del aumento de aranceles y otras barreras comerciales que inició la Administración Trump en 2017. La Administración Biden ha hecho una decidida apuesta por una política industrial más agresiva que pretende revertir el declive industrial y la baja productividad del país (Rial, 2021), que se ha materializado en la citada IRA, y también en la “Chips and Science Act”. Su objetivo es crear empleos manufactureros de calidad para trabajadores sin estudios superiores, afianzar el liderazgo tecnológico norteamericano en las revoluciones digital y verde (para lo que son claves los aranceles y controles de exportación e inversión hacia China) y reestructurar las cadenas de valor globales para aumentar la resiliencia de su economía, incrementar su seguridad económica y depender menos del exterior. Se trata, en síntesis, de una política económica y exterior “para la clase media” (Sullivan, 2023) que logre revertir el apoyo a Trump en las áreas más afectadas por la desindustrialización. Todo ello, en un marco de desdén por la OMC, aranceles unilaterales a las importaciones de China y sanciones a los países considerados como el “nuevo eje del mal” (Rusia, China, Irán y Corea del Norte).

La UE se ha visto obligada a aceptar esta nueva realidad y ha intentado combinar su apoyo al multilateralismo, la cooperación y el libre comercio con medidas quirúrgicas en la misma línea que Estados Unidos y una visión menos *naïf* de las ventajas de la interdependencia. Así, en junio de 2023 estableció su propia estrategia de Seguridad Económica (que actualizó en enero de 2024), en julio de 2024 estableció aranceles de hasta un 38% sobre la importación de coches eléctricos chinos (menores a los de Estados Unidos, pero significativos) y se ha dotado de medidas comerciales defensivas para proteger el mercado único al tiempo que ha aumentado las inversiones en semiconductores y tecnologías verdes (Steinberg y Wolff, 2023). Sin embargo, al no ser una unión fiscal, tener una restricción presupuestaria más estricta y no estar dispuesta a actuar al margen de la OMC en materia comercial, ha tenido dificultades para igualar la agilidad de los apoyos que Estados Unidos, China y otros actores han desplegado. En definitiva, el paradigma del liberalismo económico y comercial y la cooperación multilateral basada en reglas está dando paso a un mundo en el que la interdependencia puede ser utilizada como arma arrojadiza y el trade-off entre seguridad y eficiencia está siendo reevaluado en favor de la seguridad.

5. CONCLUSIÓN

La invasión rusa de Ucrania en 2022 ha supuesto un punto de inflexión en la forma en la que la UE entiende la interdependencia económica y energética con Rusia. Lejos queda ya el “sueño liberal europeo”, en el cual Rusia terminaría siendo un socio fiable para la UE y transitaría hacia un modelo de democracia liberal homologable a Occidente. Forzada a una rápida desconexión de la energía rusa, la UE ha tenido que adoptar medidas de emergencia para

paliar los altos precios de la energía y evitar una recesión económica. Fundamentalmente, buscar nuevos suministradores de combustibles fósiles al tiempo que acelera la descarbonización de su economía en línea con sus compromisos de lucha contra el cambio climático.

Dentro de esa reconfiguración del mapa energético y de seguridad europeo, el papel de Estados Unidos durante la administración Biden ha sido primordial. Se ha convertido en el mayor suministrador de GNL a la UE, al tiempo que lideraba en el G7 la política de sanciones y aislamiento occidental hacia Moscú. Por último, como líder de la OTAN, ha sido el actor clave en el suministro de armas a Ucrania. Los países europeos han suministrado más apoyo financiero a Ucrania que Estados Unidos, pero no tienen, por el momento, la capacidad militar y tecnológica para sustituir a Estados Unidos como proveedor de munición, baterías antiaéreas y otro tipo de equipamiento militar (Bergman, 2024).

El aumento de la cooperación transatlántica en todas estas áreas ha sido más que bienvenido en las capitales europeas. Sin Estados Unidos, los países de la UE se habrían encontrado en una situación mucho más vulnerable, habrían experimentado un shock económico más adverso derivado de los problemas de suministro energético y no habrían podido sostener el apoyo militar a Ucrania. El gran beneficiado de la reconfiguración energética en la UE no ha sido solo Estados Unidos y sus empresas, sino todas aquellas compañías que participaban como intermediarias de los flujos energéticos en el Atlántico, incluidas las europeas. Se ha tratado de un fenómeno guiado fundamentalmente por el mercado, pero con un indudable apoyo político a través de la *EU-US Task Force on Energy Security*, siendo los altos precios del gas en Europa los que han permitido atraer los suministros originalmente contratados en Asia y otros países emergentes, evitando así el desabastecimiento en la UE.

Sin embargo, esta mayor dependencia de Estados Unidos también ha tenido su cara negativa, al profundizar en la asimetría de la relación transatlántica. Por una parte, dada su situación de debilidad, la UE ha sido muy tímida a la hora de contrarrestar las medidas proteccionistas y de política industrial de Estados Unidos, sobre todo en lo que respecta a su vulneración de las normas multilaterales de comercio internacional. Ni siquiera se ha atrevido a llevar las subvenciones del IRA al mecanismo de resolución de conflictos de la OMC pese a ser claramente incompatibles con las reglas que la UE dice defender. Por otra parte, el liderazgo estadounidense en la defensa militar de Ucrania, ha puesto de manifiesto las limitaciones de la tan ansiada autonomía estratégica en materia de seguridad y defensa. Esto ha llevado a algunos analistas a hablar de “vasallaje” europeo (Shapiro y Pulierin, 2023), una situación incómoda para la UE en la que sólo puede hacer seguidismo de la política estadounidense, incluso aunque no esté totalmente de acuerdo con ella.

La disminución de la dependencia energética de Rusia, cuyos intereses geopolíticos han demostrado ser opuestos a los de la UE, ha mejorado la seguridad del suministro en Europa. Sin embargo, el papel dominante de Estados Unidos en el abastecimiento europeo de combustibles fósiles,

especialmente en lo referente al GNL, aumenta la asimetría en la relación transatlántica. Esta situación podría convertirse en una nueva fuente de vulnerabilidad para la UE, especialmente si se produce un deterioro en la confianza y los intereses compartidos que han caracterizado históricamente las relaciones entre Washington y sus socios europeos.

REFERENCIAS

- Aizenman, J., Lindahl, R., Stenvall, D. y Uddin, G. S. (2024). "Geopolitical shocks and commodity market dynamics: New evidence from the Russia-Ukraine conflict". *European Journal of Political Economy*, 85, 102574.
- Ansari, D. (2017). "OPEC, Saudi Arabia, and the shale revolution: Insights from equilibrium modelling and oil politics". *Energy Policy*, 111, 166-178.
- Anghel, V., y Jones, E. (2024). "The Transatlantic Relationship and the Russia-Ukraine War". *Political Science Quarterly*, qqae051. <https://doi.org/10.1093/psquar/qqae051>
- Balke, N. S., Jin, X., y Yücel, M. (2024). "The shale revolution and the dynamics of the oil market". *The Economic Journal*, ueae013. <https://doi.org/10.1093/ej/ueae013>
- Batzella, F. (2024). "Slowly but surely? Assessing EU actorness in energy sanctions against Russia". *Energy Policy*, 192, 114233.
- Bergman, M. (2024). "Europe Needs a Paradigm Shift in How It Supports Ukraine". CSIS Commentary, 17 de enero.
- Bocse, A. M. (2020). From the United States with shale gas: Ukraine, energy securitization, and the reshaping of transatlantic energy relations. *Energy research & social science*, 69, 101553.
- Bomberg, E. (2017). Fracking and framing in transatlantic perspective: a comparison of shale politics in the US and European Union. *Journal of Transatlantic Studies*, 15, 101-120.
- Borrell, J. (2020). ¿Por qué es importante la autonomía estratégica europea? *Real Instituto Elcano*. 6 octubre de 2020.
- Colgan, J. D., Gard-Murray, A. S., y Hinthorn, M. (2023). Quantifying the value of energy security: How Russia's invasion of Ukraine exploded Europe's fossil fuel costs. *Energy Research & Social Science*, 103, 103201.
- Comisión Europea (2023a) *Quarterly Report on European Electricity Markets* 6, 3. Market Observatory for Energy, DG Energy.
- Comisión Europea. (2023b). *Report from the Commission to the European Parliament and the Council on certain aspects concerning gas storage based on Regulation (EU) 2017/1938 of the European Parliament and of the Council*. DG Energy.
- Comisión Europea (2022). *Quarterly report on European gas markets* 15, 3. Market Observatory for Energy, DG Energy.
- de Jong, M. (2024). Tracing the downfall of the Nord Stream 2 gas pipeline. *Wiley Interdisciplinary Reviews: Energy and Environment*, 13(1), e502.

- de Jong, M. (2023). "Uncovering uncomfortable truths: the geopolitics of EU gas imports in the aftermath of the invasion of Ukraine". *Egmont Security Policy Briefs*, (25/05/2023).
- Dekeyrel, S. (2023). Transatlantic energy relations. In E. Fahey (Ed.), *The Routledge handbook of transatlantic relations* (Chapter 12). Taylor & Francis.
- Dreyer, I., y Stang, G. (2022). *Shale Gas' revolution': Challenges and Implications for the EU*. European Union Institute for Security Studies (EUISS).
- Energy Institute. (2023). *Statistical review of world energy 2023*. Energy Institute.
- Escribano, G. (2012). A new strategy: the Europeanization of energy corridors to the EU. In *Energy Security for the EU in the 21st Century*. Routledge: 298-318.
- Eser, P., Chokani, N. y Abhari, R. (2019). Impact of Nord Stream 2 and LNG on gas trade and security of supply in the European gas network of 2030. *Applied Energy*, 238, 816–830.
- Eurostat. (2024). *EU trade with Russia - latest developments*. European Commission
- Forsberg, (2016). "From Ostpolitik to 'frostpolitik'? Merkel, Putin and German foreign policy towards Russia". *International Affairs* 92.1, 21-42.
- García-Verdugo, S., Muñoz, B., y San Martín, E. (2015) "Una propuesta metodológica para la cuantificación de los aspectos geopolíticos de la seguridad energética." *Revista de economía mundial* (39). DOI: <https://doi.org/10.33776/rem.v0i39.3990>
- GIIGNL (2023) GIIGNL Annual Report 2023.
- Guliyev, F. (2020). Trump's "America first" energy policy, contingency and the reconfiguration of the global energy order. *Energy policy*, 140, 111435.
- Hartvig, Å. D., Kiss-Dobronyi, B., Kotek, P., Tóth, B. T., Gutzianas, I. y Zareczky, A. Z. (2024). "The economic and energy security implications of the Russian energy weapon". *Energy*, 294, 130972.
- Hutter, C. y Weber, E. (2023). "Russia–Ukraine war: A note on short-run production and labour market effects of the energy crisis". *Energy Policy*, 183, 113802
- Ikenberry, G. J. (2015). Explaining crisis and change in atlantic relations: An introduction. In *The End of the West: Crisis and Change in the Atlantic Order* (pp. 1-27). Cornell University Press.
- Johnson, S., Rachel, L. y Wolfram, C. (2023). "Design and implementation of the price cap on Russian oil exports". *Journal of Comparative Economics*, 51(4), 1244-1252.
- Kleimann, D., Poitiers, N., Sapir, A., Tagliapietra, S., Véron, N., Veugelers, R., & Zettelmeyer, J. (2023). Green tech race? The US inflation reduction act and the EU Net zero industry act. *The World Economy*, 46(12), 3420-3434.
- Kim, I. (2020). "Swinging shale: Shale oil, the global oil market, and the geopolitics of oil". *International Studies Quarterly*, 64(3), 544-557.

- LaBelle, M. C. (2024). "Breaking the era of energy interdependence in Europe: A multidimensional reframing of energy security, sovereignty, and solidarity". *Energy Strategy Reviews*, 52, 101314.
- LaBelle, M. C. (2023). "Energy as a weapon of war: Lessons from 50 years of energy interdependence". *Global Policy*, 14(3), 531-547.
- Mañé-Estrada, A. (2006). European energy security: Towards the creation of the geo-energy space. *Energy Policy*, 34(18), 3773-3786.
- Meister, S. (2014). *Reframing Germany's Russia policy: An opportunity for the EU*. European Council on Foreign Relations (ECFR), Policy Brief.
- Milov, V. (2022). European gas price crisis: Is Gazprom responsible?. *European View*, 21(1), 66-73.
- Mišík, M., y Nosko, A. (2023). "Each one for themselves: Exploring the energy security paradox of the European Union". *Energy Research & Social Science*, 99, 103074.
- Myllyvirta, L., Raghunandan, V., Katinas, P., Rushwood, P, y Levi, I. (2023). One year sanctions: Russia's oil export revenues cut by 34 billion euros. *Research Center on Energy and Clean Air (CREA)*, Press Release, 24 de diciembre de 2023. <https://energyandcleanair.org/publication/one-year-of-sanctions-russias-oil-export-revenues-cut-by-eur-34-bn/>
- Nussbaum, A. (2022). "Macron Accuses US of Trade 'Double Standard' Amid Energy Crunch." Bloomberg. 21 de octubre de 2022 www.bloomberg.com/news/articles/2022-10-21/macron-accuses-us-of-tradedoublestandard-amid-energy-crunch
- Rachman, G. (2023). "Europe has fallen behind America and the gap is growing". *Financial Times*, June 19, 2023
- Rial, A. (2021). Desindustrialización y desaceleración de la productividad en Estados Unidos. *Revista de Economía Mundial*, (59). <https://doi.org/10.33776/rem.v0i59.5182>
- Schnabel, I. (2024). "From laggard to leader? Closing the euro area's technology gap". Inaugural lecture of the EMU Lab by Isabel Schnabel, Member of the Executive Board of the ECB, at the European University Institute. Florence, February 16.
- Shapiro, J. y J. Pulierin (2023). *The Art of Vassalisation: How Russia's War on Ukraine has Transformed Transatlantic Relations*. ECFR Policy Brief, April.
- Sharples, J. (2023). "A brave new world? LNG contracts in the context of market turbulence and an uncertain future". *Oxford Institute of Energy Studies*, OIES Paper, 187.
- Siddi, M. (2016). "German foreign policy towards Russia in the aftermath of the Ukraine crisis: A new Ostpolitik?". *Europe-Asia Studies*, 68(4), 665-677.
- Steinberg, F. (2023). The Neo-Mercantilist moment, CSIS, Disponible en <https://www.csis.org/analysis/neo-mercantilist-moment>
- Steinberg, F. (2024). Open strategic autonomy: illusion or reality? ISPI Commentary, 4 de junio. Disponible en <https://www.ispionline.it/en/publication/open-strategic-autonomy-illusion-or-reality-175757>

- Steinberg, F., Feás, E., y Lázaro Touza, L. (2023). El “arancel al carbono (CBAM)”: ¿proteccionismo verde o liderazgo global contra el cambio climático?. *Análisis del Real Instituto Elcano (ARI)*, (15), 1.
- Steinberg, F. y G. Wolff (2023). “Dealing with Europe’s Economic (In-) security” *Global Policy*. DOI: <https://doi.org/10.1111/1758-5899.13303>
- Sullivan, J. (2023). Remarks by National Security Advisor Jake Sullivan on Renewing American Economic Leadership at the Brookings Institution. Available at: <https://www.whitehouse.gov/briefing-room/speeches-remarks/2023/04/27/remarks-by-national-security-advisor-jake-sullivan-on-renewing-american-economic-leadership-at-the-brookings-institution/>
- Tagliapietra, S. (2022). “The geopolitics of energy in Europe: Short-term and long term issues”. *Papeles de Energía*, 83-102.
- Urbasos, I. (2024). El futuro del gas ruso en la Unión Europea. *Policy Paper Marzo 2024*, Real Instituto Elcano.
- Vatansever, A. (2017). “Is Russia building too many pipelines? Explaining Russia’s oil and gas export strategy”. *Energy Policy*, 108, 1–11.
- Vihma, A. y Wigell, M. (2016). “Unclear and present danger: Russia’s geoeconomics and the Nord Stream II pipeline”. *Global Affairs*, 2(4), 377–388.
- Wintour, P. (2021). “US Warns Nord Stream Pipeline Is ‘Russian Geopolitical Project’,” *The Guardian*, 18 de marzo de 2021. <https://www.theguardian.com/world/2021/mar/18/us-warns-nord-stream-pipeline-is-russian-geopolitical-project>
- Womack, B. (2016). *Asymmetry and International Relationships*. Cambridge University Press.
- Wood, S. (2023). “Germany and Nord Stream 2: evolution and end of an incongruous policy”. *International Politics*: 1-24. <https://doi.org/10.1057/s41311-023-00453-9>
- Yagi, M., y Managi, S. (2023). “The spillover effects of rising energy prices following 2022 Russian invasion of Ukraine”. *Economic Analysis and Policy*, 77: 680-695
- Zachmann, G., McWilliams, B., Keliauskaitė, U., y Sgaravatti, G. (2024). *European natural gas imports: Daily data on European natural gas import flows and storage levels [Dataset]*. Bruegel. URL: <https://www.bruegel.org/dataset/european-natural-gas-imports>